

**¡Felices los
que trabajan
por la Paz!**

Domingo 01 de Mayo

“El Dios Padre de Jesús está presente en la ausencia”

Hechos 15,1-2. 22-29

Salmo 66

Apocalipsis 21, 10-14.21-23

Juan 14, 23 - 29

El anuncio de Jesús, en Juan 14, evidencia la experiencia de la comunidad durante más de setenta años de vida, de lucha, de oración y de momentos difíciles. Nos habla de cómo entendía y practicaba la comunidad el seguimiento de Jesús. El cristianismo fue en sus orígenes una manera de vivir la presencia de Dios en la vida de cada uno de los miembros de la comunidad, con base en los gestos y en las palabras de Jesús de Nazaret.

Dios hace posible nuestra existencia. Dios está en lo hondo de nuestro ser. Podemos descubrir y vivir esa presencia. En el Antiguo Testamento la presencia de Dios se localizaba en un lugar, la tienda del encuentro o el templo. La “*total presencia*” debía ser una de las características de los tiempos mesiánicos. Desde Jesús, el lugar de la presencia de Dios es el ser humano. Pero esa presencia se manifiesta en nuestras relaciones con los demás.

De acuerdo con varias citas de este evangelio, Jesús debe irse para que los discípulos puedan acceder al conocimiento de Dios. “*Les conviene que yo me vaya, porque si no el Espíritu no vendrá a ustedes.*” Al no ver a Dios en Jesús, tampoco descubrieron la realidad de Dios dentro de ellos. Solo cuando Jesús desapareció, se vieron obligados a buscar dentro de ellos, y allí encontraron lo que no lograban descubrir fuera.

El Espíritu no añadirá ninguna enseñanza nueva. Solo aclarará el anuncio y el testimonio de Jesús, es decir, el anuncio de Dios. Las enseñanzas de Jesús y las del Espíritu son las mismas, solo hay una diferencia. Con Jesús, la Verdad viene a ellos desde fuera. El Espíritu la suscita dentro de cada uno.

“Paz” era el saludo ordinario entre los israelitas. No sólo al despedirse, sino al encontrarse. Ya el “*shalom*” judío era mucho más rico que nuestro concepto de paz, pero el cuarto evangelio enriquece el significado del ya rico sentido judío. La paz de la cual habla Jesús tiene su origen dentro de cada uno. Es la armonía total, no sólo dentro de cada persona, sino con los demás y con la creación entera. La paz no se compra en un almacén. Es fruto del amor; solo el Amor descubierto dentro y manifestado fuera, lleva a la paz.

Realidad anhelada pero no siempre fácil de alcanzar, lo vemos en el día a día de un conflicto social marcado por intereses egoístas de parte de los distintos actores armados que han dejado huellas muy dolorosas en muchísimos compatriotas.



¡Felices los que trabajan por la Paz!

Sin embargo, podemos ver también las huellas del Resucitado en el corazón de aquellos que logran la paz de la reconciliación en su interior, como en el relato que presenta la periodista Claudia Palacios en su libro *“Perdonar lo imperdonable”*; Lucía tuvo un hijo que fue asesinado en 2001 por las autodefensas y en medio de este gran dolor sacó fuerzas para participar en un proyecto de construcción de un parque con un grupo de desmovilizados, en donde se sembrarían árboles como recuerdo de las víctimas incluido su hijo. “Lucía suspira, se seca las lágrimas, acaricia las hojas del árbol en el que ve renacer a su hijo, le habla, lo consiente, y se aferra a él como a un bastón con el que transforma en fortaleza tanto dolor... ella asegura que ya perdonó”.

Este testimonio y muchos otros son un impulso para anunciar con acciones concretas de reconciliación la fe en un Dios que no es una idea buena y necesaria, sino una realidad que nos cuestiona, nos fortalece y nos lleva al compromiso de transformación. Nuestra tarea como cristianos hoy, es dar este último paso: *asumir nuestra historia con sus luces y sus sombras, en comunión con Jesús y la comunidad.*

Pero como nos dice el Papa Francisco en su Bula *“El rostro de la Misericordia”*, con la mirada fija en Jesús y en su rostro misericordioso podemos percibir el amor de la Santísima Trinidad... Su persona no es otra cosa sino amor. Un amor que se dona y ofrece gratuitamente. Sus relaciones con las personas que se le acercan dejan ver algo único e irreplicable. Los signos que realiza, sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes llevan consigo el distintivo de la misericordia.

En él todo habla de misericordia. Lo que movía a Jesús en todas las circunstancias no era sino la misericordia, con la cual leía el corazón de las personas y respondía a sus necesidades más reales.

Revistámonos de la gracia y de la paz que el resucitado nos ofrece, para seguir siendo testigos de la presencia viva de Dios en medio de la comunidad.

